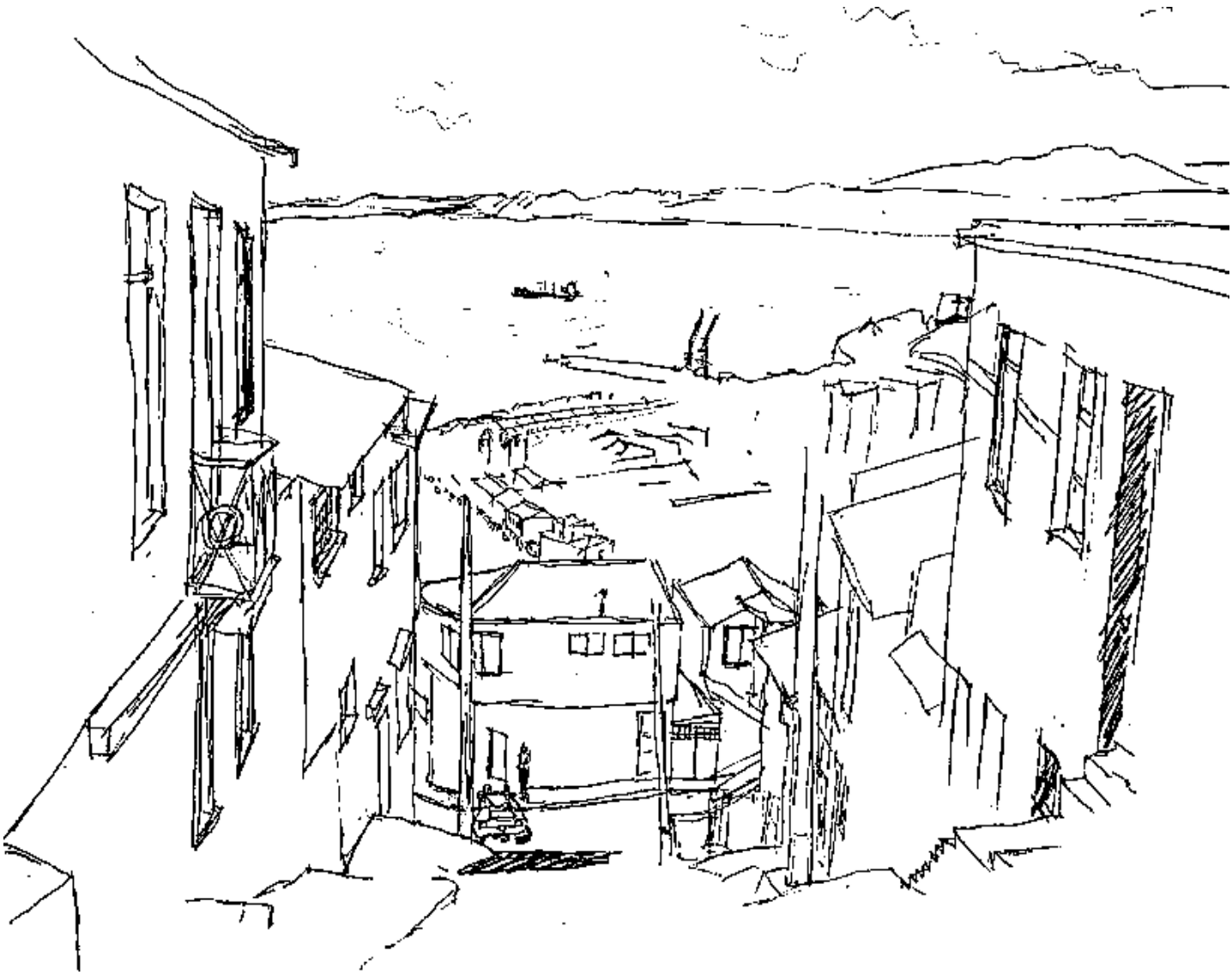
OCEANÍA DE VALPARAÍSO



Pablo de Rokha

OCEANÍA DE VALPARAÍSO

Pablo de Rokha
del libro "Estilo de masas"
1965

Diseño de maqueta por Adrián Nielsen.
Impreso en Pudahuel Sur, valle del Mapocho
Editorial Isi Cartonera.
1ra Ed. invierno del 2013
2da Ed. invierno del 2017

Contacto autor: Rezando o por fonofax.
Registro de Propiedad Intelectual: n° ?/&($)#%=$
I.S.B.N.: No es necesario (tod-s vamos a morir)

Se reconoce autoría, se desconoce propiedad.
Se fomenta la libre reproducción total o parcial de este material por cualquier medio o plataforma con el único fin de la difusión de estas palabras.

Cuando lloraban todas las campanas de las
aldeas de la adolescencia la defunción del Siglo
Viejo contra el Siglo Nuevo y, atardeciendo,
los primeros versos de los primeros besos a las
primeras hembras de la tierra, echaban,
por encima de la vastedad finisecular, una gran
bruma marina en el corazón estupefacto por la
angustia de sentirse irreparable,
conviví tu clamor nacional-internacional,
puerto del mundo, como el escalón del pabellón
ensangrentado de la piratería, con la calavera
aventurera, pasajera e inmortal, arañando los
mausoleos ultramarinos...

4

Tienes del hombre las barbas acuarias y
huracanadas y el quejido monumental de los
océanos psicológicos, que son estatuas antiguas
sentadas arriba o abajo de la tormenta,
te pareces inmensamente a tu retrato de
espanto innumerable, copiado en los
testamentos oceánicos,
o acaso a la parición del mundo, eternamente
sucedida, eternamente renovada, eternamente
repetida, como el formidable y antiquísimo
oleaje de las multitudes y las muchedumbres
hambrientas,
que se orientan como un Capitán de Alta Mar, y
tu estatura de cordillera arquitectónica, de
Andes enorme, de flor-peñasco y quebradas de

leona de remonta,
da la manera y el comportamiento a todas las
bahías y a todas las
sirenas de los transatlánticos, que traen
ciudades con amor y con dolor en las bodegas o
en los camarotes lujosos y miserables; los asnos
cargados o los caballos ensangrentados y
acuchillados de menestras y de flacura, siempre
subiendo los tremendos cerros,
los cerros tremendos de la población
encadenada a la miseria, que son la cabeza
infernal de Valparaíso, la prostitución borracha
y mal pagada de los aventureros sórdidos, te
afeita la cara nocturna de mujeres y
homosexuales, rememorando el comercio de
ganados y el comercio de esclavos de
degolladero de la antigüedad fenicia, sirio-
caldea, egipcia y judía o jónico-mediterránea, y
un dios guillotinado, pateado, "cogoteado",
preside en callejones y encrucijadas de
contubernio y escarmiento vil, la estética
contradictoria y terrible de tu emoción lírica o
épica de navio en mares sociales, caído y sin
brújula, pero inmensamente bello,
tenebrosamente bello, amargamente bello,
porque como integras un cosmos tentacular-
universal, tu estatura de gigante sublevado,
sobrepuja todas las escalas de valores, desde las
capitanías heroicas, al sublime y horrible
infierno del subhombre de panteón, o cae
rodando mundo abajo.

O los "porteños" son todos marinos, o los marinos son todos "porteños", o las marinerías dan la tónica a la fisonomía litoral, a las iglesias, a los prostíbulos, a las tabernas, a los patíbulos, al sol, a las cocinerías, a las pescaderías, a las borracherías, a las niñas bonitas que parecen damajuanas de porcelana azul o guitarras o botellas de oro o tinajas de los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos de Pomaire, acumuladas en la tonada nacional, el mar, el mar, el mar de Valparaíso, camina por los barrios y las bodegas, tuteándose, de hombre a hombre, con los trabajadores portuarios o los nortinos licoreados que "andan en tomas", y las ropas tendidas son banderas o "claveles del aire" en los cordeles del proletariado creador de hogares, los cachureos-comercios ardiendo y saliendo de lo oceánico tentacular de tu escultura, como de los zargazos y los naufragios, o de antiguas batallas perdidas.
y los Mercados son puertos navieros del barrio de "El Cardonal" o de "La Aduana", anclados y atravesados de puñaladas, canciones y emigraciones,
como Marsella o Barcelona o Venecia o Liverpool o Nueva York, la gran ciudad podrida, o Shangai, la gran ciudad heroica y progenitora, u Odessa o a la manera de la Babilonia de Nabucodònosor, en la que marranos de carne o seres humanos,

encadenados a la misma coyunda del asesinato, acumulaban la sociedad partida en dos y enfurecida, o el garañón de látigos, en su enorme luto del mundo.

Te pateó el resplandor de antaño la matonería imperial del yanqui cuatrero o negrero, la cual se ensucia precisamente linchando, ahorcando, apuñalando o ancianos o niños de color o mujeres de color, o viejos de color, o soldados "americanos" de color, en discriminación nacifascista, linchando héroes y mártires del pueblo de color, linchando la flor de la ciudadanía que es aquella perla inmensamente negra, mal llamada de color, a la cual Lincoln le arrancó las cadenas del esclavo, y la cual creará la gran Norteamérica mulata de mañana, y sus cañones ensangrientan y dan vergüenza a la bandera provincial, goteando con espanto colorado y enorme a las generaciones, echando un baldón de sudor macabro de crucificado entre tres puñales encima del pecho del genio popular, y ensangrentando lo ensangrentado popular, y todavía da infinita y amarilla desolación a las tonadas, el bombardeo de la España imperial, podrida, que asesinaba a cuchilladas de bandido y por la espalda, no de soldado del Cid arcaico y heroico, arremolina una gran hoja marchita en tus recuerdos irremediables de urbe sufriente o grandiosa, Valparaíso, pero el corvo del roto

"managuá", navegado y pateado en el
padecícimiento, con los vinos antiguos,
brillando como el sarcasmo del andrajo en el
imperialismo,
ha vengado la ofensa de la Gran Bestia
Burguesa de Iberia, con destripamiento de
gangsters, pistoleros y explotadores de menores
de edad o sucios esbirros enmascarados en
apostolados simoníacos, o bandidos
franquistas, contrabandistas y ladrones vestidos
de obispos sin sotanas, vestidos de mariscos de
las profundidades solares, en gigantes cueros
de hiena, canción-puerto-mayor de Chile.
Todos los caminos de todos los destinos de la
tierra van a dar al mar, Valparaíso.
Aquellos designios acerbos del trauma
portuario en la patología de la agonía de la
burguesía,
se acoplan al ayer zodiacal, cuando la sífilis roía
la costilla despavorida, marital y conyugal del
multimillonario o del piojoso-mártir, entre
todos los solos, enfurecidos, desde los tiempos
aquellos de John North, acaudillando el
asesinato de Balmaceda,
y el toxicómano de ahora, histérico y colérico,
bailarín de rock-and-roll responde al hereje
descomunal de las tibias cruzadas con las
caídas babas marchitas,
en función de los términos contradictorios de la
época en que los hombres parecen mujeres y las
mujeres parecen hombres, se engendra por

partenogénesis la crítica oficial de la chacota en la literatura,
y es su contador-contralor un hermafrodita,
nacido y crecido en las entrañas bobas de la torta de novia de "el arte por el arte",
a la manera de un huevo de pato en el nido de la tórtola;
¡oh! "Pancho" querido, "Pancho" Valparaíso,
¡oh! "Pancho" florido de tabernas y cementerios marinos, emergiendo por adentro de tu juventud antigua, desde Playa Ancha al Almendral, cruzando las "estoicas" y "heroicas" filarmónicas del putafíerismo y la "naipada" de "Rey" y "Sota de Bastos" o rayuela, en las que se emborrachaba con tremendo ron falsificado el pobrecito indio desteñido y colosal,
Rubén Darío, y Baroja las canoniza, como a entidad de santidad, liturgia o mito trágico, parido de garitos o de clubes sociales donde se come, entonces, la rica prieta fina como pierna de mujer, florido de grandes, hermosos bares de sangre inglesa, o cuáqueros, o católicos-apostólicos-romanos, como pingajos de sol cogoteado, podrido de garitos,
con la botillería puteada o baleada por gringos dopados con alcohol oceánico, cargados y acuchillados de asesinatos, con toda la niebla de Londres en el sombrero de pellejo de las Colonias y la Biblia teñida con las aortas rotas, otrora, del gran Imperio de la Winchester que nacía descalibrado o echando baba o roña como

bajo e internacional palo de gallinero,
o cafés del querer antepasado, como, por
ejemplo, "El Riquet", tan francés y tan cortés de
"politesse", como "corbata de humita", con
espejos antepasados y mármoles antepasados y
antepasados,
retratándose en los espejos antepasados de los
antepasados más antepasados de los
antepasados, en donde fúnebres o lúgubres
coronas, con el violeta enmohecido de la
muerte, se refieren a la República asesinada de
la primera Marina Mercante de Latinoamérica,
con estupor estupefacto,
y sin embargo, posee de acordeones o de
embarcaciones un aroma a despensa de
comedor finisecular, y finisecular extranjería, a
manzana o a naranja de los antiguos siglos,
a mitomanía con vinos heridos, navegados y
solitarios como Tristán Corbiére, con mucha
glorióla sucia en los repuestos, porque el
hombre muy hombre se revolcó en las primeras
borracheras navieras con la "ginebra" del
corsario y la bucanería desde "el Olonés" al
espectro del Mar de Drake, chileno;
los costillares de los ascensores van, como los
jamelgos sobrecargados, subiendo y crujiendo,
cerros-arriba o se suicidan en las plataformas, a
deshonra retronadora,
cuando los borrachos postumos, entre los
últimos de los últimos de los últimos borrachos
trastabillean con la abeja de la chicha bendita en

el guargüero, brindando como chivatos por la
inmortalidad de los toneles, o la Petita Bastidas,
tan bonita
como tetona y remoledora, sacando su machete
de entre los colchones, y la población obrera,
agarra siquiera un pejesapo ligeramente
derrotado y lipiriento, que estaba enamorando
a una pescada ensombrecida de gran miseria
social, o a una cholga rubia, pintada, oxigenada,
tallada a máquina en recio mármol negro,
o, acaso, cochayuyo en libertad, de extramuro u
ondulatorio, o alguna chalcha o guata profunda
de comprensión de los explotados y los
expoliados de la nación chilena y de la tierra
entera, que es ajena, como cabeza de arcaico sol
asesinado,
la echa a la "olleta", del tiempo auroral de
Vicente Pérez Rosales, José Santos Ossa o Diego
de Almeida, los pioneros atacameños, y se
agarra a bramar y a llorar a la memoria de
Esquilo.

La Belleza catastrófica ciñe tus sienes áureas, y
lo contradictorio expresándose en edades
tentaculares, estalla en aquellos inviernos
inmensos del huracán trágico dramático de la
bestialidad de la eternidad que sujeta las
riendas de la historia, como un jinete un potro,
y es entonces cuando nos quedamos
estupefactos, como un león de piedra en la

tormenta, bramamos, y nos tomamos el caldo
de cabeza del Mercado del Cardonal, jurando
que el terremoto de 1906, al atravesar la
humanidad de punta a punta, dividió en tres la
historia y fue tan horriblemente terrible, como
tan horriblemente sublime, porque el clamor
del horror aúlla en el corazón de todo lo
hermoso, y el estilo es como el infierno,
mientras más arrecia el temporal, la tempestad
se retuerce en toneles de pólvora, y las jarcias
tronchadas y el velamen acuchillado
del Palo-Mayor del Puerto-Mayor, se desgarra,
truena la perra en llanto de las sirenas, están
gritando, están ladrando, están cantando tus
artesanías en los hogares, o heridos o
despavoridos,
y tu, Valparaíso, te yergues, valiente, colosal,
sobre tu nombre de arena innumerable.

El afuerino, o rancagüino o licantenino o
ariqueño o vichuquenino o antofagastino o
iquiqueño o maulino o valdiviano o
curillincano o pocoano o chilote o magallánico
o chillanejo o talquino o linarense o
temuquense o sanclementino
ensilla el mar, tu mar, el mar humano y
desaforado de Valparaíso, contorneándose,
borneándose, amarditándose como los barcos
cargados de toneles o de fusiles, porque abordó
tu condición de camaradería y fue porteño, lo

bautizó con lindo vino tinto el alma caliente de
los bodegones y los "piguchenes" y los
malecones de "la Mar Salada",
y la ciudadanía litoral, hospitalaria y rotunda,
le ondula a la manera inmortal de las banderas;
gran ciudad popular, Valparaíso, un cinturón
de ventarrón aprieta tus riñones de fuego o de
hierro, tal como las espadas o la faz sudada y
varonil de tus estibadores,
y tú sonríes de sentirte acometido como un toro
en las épocas o echando
gran espuma de océano en océano, pronuncias
una arenga continental desde la "Plaza de la
Victoria", y el "Dique Flotante".

13

A la bahía ultramarina e internacional, las
sirenas dan la anchura de las ballenas en
cardumen, con ámbito ecuménico,
o escarban el horizonte de conmociones
públicas, en donde el héroe total expone su
pellejo a los asesinos, y el siniestro mercader
mugriento especula con la comida, cuando en
"Los Siete Espejos", arrecia la tormenta de
bofetadas, arrecia la tormenta de señoritas
someramente prostitutas, arrecia la tormenta de
puñaladas
y puntapiés, hasta la cachimba de remoledores,
que son trasnochadores náufragos, en la resaca
del "turismo con cuchillos" o putos inmundos.

No buses corren, buques por las vías públicas
de tu oceanografía: "el callejón de los
Pimientos" o la "Subida de la Calaguala", que es
la canilla de la puñalada y el cuero del viejo
poeta Zoilo Escobar bracea nadando
adolescencia abajo, las mareas de la Gran Mar
Océano del Sur, desde su tumba verde, o como
musgoso de plancton famoso; Carlos de Rokha
nació y cantó muy grandes poemas adentro del
complejo de tu pecho naviero, clavada la proa
en los arcanos de la inmortalidad herida; y
Tomás su hermano, rugía a la vida finita en la
subida del Membrillo, arriba, ¡ oh! divino
Valparaíso amigo, lo mismo, exactamente lo
mismo, cuando el huaso a caballo domina la
montura y la cabalgadura o cuando, bramando,
la mula difunta lo patea o lo bostea contra su
sombra,
sí, en ti, "puerto de viento", puerto de hueso,
puerto de fierro y lágrimas, aprendió a vivir y
morir, colosal, con los dos años tronchados, a la
vanguardia de las marinerías de antaño.

Del modo y manera como el poema es lenguaje
de imágenes, es decir, lenguaje de catástrofes e
idioma metafórico y catastrófico,
no racional y, estando versificado o no
versificado es poema el poema, el cual genera
no juicios, estilo, y la prosa lógica es conceptual
y funcional, como razonamiento solo, y no

existe lo prosaico poemático, porque la imagen
no se raciona como la botella de vino al imbécil
o el pienso al asno, las casas colgadas sobre el
abismo, como racimos de relojerías atroces,
le pertenecen trágicamente y épicamente al
sistema planetario del cuotidiano del calendario
sideral de Valparaíso, o cantando o llorando o
bramando, o bramando o llorando o cantando
entre los demonios del infierno de Orfeo o los
mitos sísmicos,
pero dan las premisas y agrandan la
arquitectura portuaria, que no es arquitectura
humana, mediterránea o litoral-humanística,
sino tu sino síquico, puerto del mundo, puerto
del puerto del mundo, puerto del puerto del
puerto del mundo, con tus mujeres de potentes
maternidades y tus varones aventureros a la
manera de Ulises, a la manera de Lord Byron o
Lord Cochrane, a la manera de Arquíloco,
porta-pirata, adentro del pecho porteño,
calibrado de campanarios y astilleros, en los
que aúllas tú y tu voluntad de ser el león de
dolor y de pasión, o de granito-gente que eres;
qué enormemente, qué sabrosamente, qué
famosamente, qué inmensamente se comían los
choros asados o crudos, en limones
irreparables, con portuarios de tierra adentro
que reeditaban un antiguo poeta-fantasma,
caído al mar, como "Toribio el náufrago", con su
botellón rumoroso de matapiojos y su
mitomanía de aventurero celestial, entonces

tan allá, por la "taberna de Pedro el Cazador",
entonces, en "El Mesón del Parrón", o en la
Gran Posada sin alojamiento,
o llamada o apellidada "Restaurant de El
Pajarito", en donde se comen, hogaño, los ricos
hocicos de ternera, bien picantes y licoreados,
los parroquianos parece que vienen saliendo de
un entremés de Miguel de Cervantes, el
tomador
más garañón de España, o de un poema de
Quevedo, o cuando yo, antaño del antaño del
antaño,
o navegándonos la juventud perdida con la
querida mujer que fue Winétt, acumulada en
los pequeños hijos traviesos como la gaviota o
la calandria, y sus poemas universales,
subía yo, conmigo, yo subía, azotándome por
adentro del invierno descomunal, "Caleta del
Membrillo" arriba, "Caleta del Membrillo"
arriba, por la escalera huracanada cargando el
pan de la familia empobrecida en la heroicidad
oscura y amarga de la creación de la gran
literatura, o me echaba bramando barranca
abajo, entre la gente madrugadora de aquellos
tus barrios obreros, barranca abajo, Valparaíso,
buscando el recaudo del mercado familiar, y el
familiar atuendo de tormenta y de rodaja de
tormenta, en los tenduchos y las lanchas
pesqueras, barranca abajo, o los pequeños botes
tremendos del pobre héroe dramático y
volcánico de las faenas oceánicas;

o divino botón de las marrullerías, las picardías,
las bucanerías y el anecdotario policial-
histórico
de los vagabundos, los asesinos, los limosneros,
los falsificadores de monedas, los ladrones o los
cabrones, nietastros del Gran Capital inglés,
que baleó el resplandor de la República, con la
oligarquía nacional, latifundista, como
verdugo,
los que levantan la estatua de la estafa
legalizada en los planos bancario o financiero-
bursátil y especulativos
del industrial imperial-capitalismo de la
Dictadura de la Burguesía, expresándose en el
imperialismo de Gangsterlandia, que invade,
hoy por hoy, tu mercado industrial, comprado
y dopado de dólares, y acapara las fábricas
centenarias, monopolizando acciones y
gerentes, en donde impone la patada
eclesiástica de "Grace y Cía." y el jesuitismo
"reinando" con Paulo VI, "reinando", por debajo
de Juan XXIII, —el huaso cristiano a la manera
evangélica—, en la compra-venta de la
República o traicionada o asesinada,
o los reaccionarios en descomposición,
desintegrados, o yunque de mártires y de
líderes y de héroes del trabajo, es tu hígado de
tiburón ilustre, arcangélico, enorme, bárbaro o
demoníaco y contradictorio;
como lo humano todo, eres complejo,
heterogéneo, eres diverso en la unidad paisaje-

mundo-viviente, poblador cosmopolita,
campeón sin campeonato y cuaderno de
bitácora, viajero, transeúnte, eterno,
trashumante e inmóvil, porque te pareces a una
ínsula de peones del mar y de navegaciones, y a
una escuadra de guerreros del comercio y la
especulación mercantil, a una catedral roja de
hipnotizador o profeta, que aterra
y agarra las almas, eres el contralor del
esplendor que expeles como llama de lava
volcánica, y su esclavo, tu esclavo de tu mismo
vórtice,
bahía de bahías, y cuando estiras la divina
mano herida a "Vina del Mar", se te florece un
pájaro en la cara y un copihue rojo en toda la
boca, puerto con truenos y zorzales, puerto con
perros
o gallos ladrando por la querida vecindad
antiquísima de tu "Camino de Cintura", con la
sensación de "Las Montañas de Vergara" en el
perímetro de gárgola.

Tu estatura inverosímil, que derrama todas las
copas de todas las formas, da pánico a la
extranjería, porque retrata la audacia
desenfrenada y suicida del chileno en suspenso,
el amarditamiento y su rol heroico,
premonitorio y aclamatorio de hombres-
cóndores y águilas-algas, reencontrándose
por intuición histórica, y aquello tan horrendo

de mausoleo colosal que nos amarra a un
destino de heridos por los rayos cósmicos,
desde la baraja a la mortaja.

Pintoresquismo no, dramatización de la
existencia, tú, Valparaíso,
borrachera de la existencia, cabellera de la
existencia, escalera de la existencia y drama
rugiente,
que excluye todo lo superfluo y lo retórico-
poético, contra el destino, por el estilo de
saberse fuerte, consciente y atrabiliario
como los viejos guerreros muertos por
degüello.

La oceanografía no es tu régimen, lo es la
cantidad oceánica, la cual da la calidad
oceánica, transformándose y ordenándose y
superándose en tu estupendo poderío
espantoso, como un "Dios" decapitado, como
un ataúd que se parase de repente y se pusiera
a gritar y a llorar como un tomo de poemas,
solo.

Recuerdo los tragos bárbaros del "Peter Peter",
de los Wooster, los Wilkinsons, los Morris,
el "Bar Alemán" y el enorme schop ultramarino,
o "El Mónico" sonriente y lacustre con los
payasos desaforados, bailando, como "La Bolsa"

y "La Bomba" negociantes-judiciales;
de tu resplandor de huracán emergió el
lenguaje indiscutible de "Formas del Sueño", de
Winétt, logrando lo clásico contemporáneo, lo
eterno contra lo eterno,
el insigne espanto de la poesía universal
femenina,
como quien engendra con zafiros desintegrados
la maceta de violetas de junio y julio o una gran
naranja de oro,
o se arrancó a caballo sin montura, sudando mi
"Suramérica",
arrasando los acantilados de la retórica, a pura
patada de chilenidades, carajo;
tu pueblo es pueblo de gran industriosidad
marina, y su miseria o levanta la palabra
acusatoria o ruge luchando en la materia vital,
y en la contienda de las herramientas de la clase
obrera organizada,
y el "roto-choro", o nortino o sureño, enriquecen
tu capitanía azul, de metal cósmico.

No soy mediterráneo, soy costino, licantenino,
"criado y nacido" en Licantén, a las riberas del
Iloca, en la heredad familiar patriarcal, hoy por
hoy mordida de granujas "tinterillentos",
con Vichuquén, pueblo de vinos, pueblo de
brujos, pueblo de siglos, a la espalda,
por eso entiendo tu idioma catastrófico, tu
idioma sol-marino, tu idioma parabólico y

continental, a tanta altura y por adentro de la
tierra, aunque comprendo que me voy
volviendo piedra.

Con la materia social de los pueblos engendra
el gran poeta su lenguaje de imágenes, que es
su retrato, que es el retrato de la sociedad y sus
contradicciones, engendra un contratiempo y
un universo de categorías y valores, engendra
un régimen vital, un régimen total del mundo,
un mundo,
el mundo de él y entra adentro, y queda
viviendo, o muerto eterno, lo muerto eterno, en
la inmortalidad, creada
en la eternidad y en la enormidad de la belleza,
que es la nueva materia de la vieja materia, la
forma-pólvora y lo heroico
dado como dato inmortal; por eso hacemos
esto, tan tremendo y tan problemático y tan
horrendo
de sencillez complejísima de la "épica social
americana", un gran barroco popular, el arte
grande del "realismo popular constructivo",
—acto de masas—,
con la miseria enfrentándose a la riqueza, como
un pabellón de verdades y de puñales; y,
entonces,
¡oh! Valparaíso, cuando los años-gusanos, los
años-pájaros de presa, los años-pescados, se
coman las cosas, arañándolas y escarbándolas

con las mandíbulas despedazadas,
tú y yo, saliendo del espectro natural de las generaciones nos iremos desarrollando,
creciendo, es decir, viviendo y muriendo simultáneamente, sirviendo de espanto al ser humano, a la humanidad futura arreciada de alegría como una gran montaña en flor a las muchedumbres y a las multitudes felices,
o convulsionadas, horrorizadas, acumuladas de estupor, contradiciéndose,
cantando y llorando un mismo idioma, como y todo lo que existe y habita, agonizando, en las ciudades y en los poemas.

22

Tienes el vientre aullado por barcos náufragos, arrasado y quemante de emigraciones y aventuras, herido y melancólico de botellas y de banderas, rojo como todo lo heroico y ensangrentado de la historia, porque el arte es sangre y frustración de espadas, y un acordeón con corazón de tiburón, con corazón "humilde y errante" por la gran nostalgia de "la vida", con corazón cosmogónico,
calibras las arboladuras del enorme buque, mar afuera.

Las altas y las bajas mareas que están de acuerdo con la tuya antigua luna, se te sublevan de repente y chocan bramando de continente a

continente, acorralando, echando a pique,
heridos, los transatlánticos mayores o la lancha
maulina que te hace gigante batalla, y se hunde
como entre escupos de tormenta o de tinaja
colosal, rajada, e inmensamente parida, los
vientos furiosos atacan a puñaladas la naipada
del destino, el navio central azota la costa
rocosa, y tablones de cadáveres, maldiciones de
cadáveres, riñones de cadáveres, dan una
patada a la nada y disputan, enfurecidos, entre
cascos de barcos,
sobre el enorme y desencadenado oleaje de
ululante y formidable voz y cabeza de un gran
Demonio triste.

23

Como los toros o como los potros, retozas en lo
dionisiaco dinámico, telúrico, titánico, lacustre
de costumbres
u oceánico, agua del agua amarga o río
antiguo.

Valparaíso, ciudad de aluvión, estupefacta y
cosmopolita, esplendor del basural del mundo-
mundo-mundo, pujante de saberte
inconcebible, enigmática, incorruptible, pisando
abismos deshechos, trágica, catastrófica,
apoyándote en pilares de puñales, no
académica y no apolínea,
toda la gracia magistral, tan grávida como la
esposa embarazada y tan

pálida flor de relojerías como el lomo de
precisión de los aviones,
y en la cual las carretas agropecuarias aroman
el recuerdo de alfalfa y de fantasma, por el
antiguo, real "Decreto del Infierno", rota y sola
sumando la multitud de las potencias
oceánicas.

Tu problema de arena es geométrico y agonal
como tus quebradas, que son montañas en
reintegración dialéctica, anchas, fluvial
lacustres napas subterráneas que te remecen
por abajo, te socavan la emoción sísmica o
alcohólica, en lo profundo de la estupenda gran
borrachera de la naturaleza, cuando o
tronchando o pateando o apaleando, asesina, la
heroica lancha salvavida, aúlla a la manera de
una máquina bruta, que emerge soberbiamente
danzando como chivato rojo, tu luz es luz de
faroles universales, que dan sombra tremenda o
sol como los átomos de las cosmogonías.

Arrecia en la pelea por la belleza copretérita la
"Plaza Echaurren" y la "Plaza O'Higgins";
y un océano comercial, doméstico, un océano
semanal, doméstico, un océano conyugal,
doméstico y retórico-poético, que parece que
viniese vestido de día domingo, con la chaqueta
desintegrada por el huracán, divierte a los

chiquillos "patipelados" en su gran conducta sin
orquesta y en su pantalón de piojos, o soberbio
o enloquecido
o profundo como las distancias astronómicas, o
la rebelión de los desventurados de todas las
épocas; las charangas municipales, bailadas por
un zapato fantasma, dan la sensación póstuma
del paseo de los muertos;
tú y tu historia de honor y de dolor humano,
están a la cabeza de las contradicciones, contra
las contradicciones y su enigma, enarbolando
de banderas negras aquella remota grandeza
que maneja, mar-afuera, mar-afuera su ataúd
internacional como un transatlántico,
y un pirata blanco y negro simultáneamente,
araña tus artesanías con el cuchillo de Hawkins,
de Cavendish, de Gerritz, a bala mordida.

En ti nacieron, crecieron, murieron gentes de
pelo en pecho y mandíbula gran carnívora,
como yo mismo y mis ante-pasados;
engrandeciendo tus tabernas, se emborrachaba
la personalidad corsaria y filibustera
del. antiguo gringo en vino Williams
Wheelwright, "caballero de industria",
bucanero y "business man", hijastro de
Yanquilandia y nietastro de Inglaterra contra
Inglaterra, espejo de acero negro de Europa en
Norteamérica,
creador de gran riqueza y gran miseria
capitalista, por compraventa del trabajo

asalariado,
hombre grande, no grande hombre del medio
social de su época, del grupo social, como
banquero, como industrial, como pionero de
vapores y ferrocarriles
y negocios de dinero, por Copiapó-Caldera
abajo o Santiago a Valparaíso ;
y Lord Cochrane, Gran Capitán-Almirante de
los océanos oceánicos, y el primer chileno del
archipiélago de Gran Bretaña entre los
espadachines, los usureros, los emperadores,
los bucaneros o los aventureros de
Shakespeare,
liberta a Valdivia y se toma El Callao al
abordaje, como un litro de médulas de
aguardiente inconcebible,
mordiendo la navaja que degüella las cabezas
de la niebla, conduce "esas cuatro tablas" de los
destinos americanos del O'Higgins clásico y
democrático de entonces, del O'Higgins
que intuyó la dirección continental de
Latinoamérica, del O'Higgins de las logias
inglesas, con la anticipación heroica de los
Carrera y los Manuel Rodríguez épicos
envenenándole el pan de la conciencia
democrática,
mordiendo la navaja que degüella las cabezas
de la niebla y contra el dios perverso del
oportunismo que enarbolaba el Monteagudo,
mordiendo la navaja que degüella las cabezas
de la niebla, como un toro o un bandido o un

borracho, ensangrentándose la cara macabra y
el costillar del alma en las hazañas contra la
canalla enfurecida,
y la envidia y la calumnia y la mentira, en tus
acantilados, refugio de acontecimientos
heroicos y de crímenes;
no acumularon los parroquianos porteños, sino
la emigración de golondrina en bancarrota
de los dineros de los banqueros y los
intermediarios, comerciantes-mercaderes del
negocio mayor o menor y las importaciones
aduaneras o corsarias o bucaneras, o de gran
honorabilidad ladrona en las finanzas, o todo lo
contrario, héroes-santos-mártires y piratas de
"los negocios son los negocios", hijos del siglo
del capitalismo que emerge: los Edwards, los
Ross, los Wadington, los Bowen, los
Williamson, los Gibbs, los Balfours, los Porters,
los Wilkinson, los Wooster y los Walker,
próceres-contraban distas líderes de la "oferta y
la demanda",
y Emile Dubois coronó de asesinatos y poemas
de patibulario, poemas de aventurero, poemas
de desconformado en la ilegalidad y de
fusilamiento,
su actitud de macho de barro y acero, mientras
Baburizza y Compañía se amanecían entre los
números y las máquinas de escribir
especulando, sí, especulando a la manera
capitalista, especulando,
pero con cierto sentido de burguesía en agonía,

que se defiende contradiciéndose;
¡oh! Puerto inmenso, ¡oh! Puerto acerbo, ¡oh!
Puerto egregio, la Cruz del Sur, Valparaíso, te
alumbra la figura, como una gran lámpara.

En aquel presente marino, ultramarino,
enorme, ella tenía esa cabellera de azucena
negra que se parece al huracán e incendia el
mundo, como sol rugiendo,
y nos apretábamos, Valparaíso-mar-Valparaíso,
a la soledad total de los poetas pobres, que no
son los pobres poetas,
desde tus grandes terrazas, con pueblo de
puerto adentro, frente a frente a la andina,
desaparecida amiga "Boya del Toro", y su
bramido colosal de arreo de las oceanías,
o, atardeciendo, en la última y única gaviota del
crepúsculo o, amaneciendo,
en aquellos inviernos horrendos de gran belleza
huracanada o triste de tristes, en terrible y
arrasadora heroicidad, planificada y edificada
para las estatuas.

Tu mar longitudinal lleno de puertos que
murieron, asesinados, de puertos que murieron
acuchillados
por el destino, apellidado: "Canal de Panamá",
te satura de barcos o pescados, y la almeja
divinamente obrera relampaguea su

jurisprudencia genital de marisco o gemido
inmortal en las borracherías, la imperial
ejecutoria
del caldo de cabeza se hace presente al
despuntar la bestia ajena de las madrugadas,
dolorosamente proletarias, que es como los
cigarros de los finados, acumulándose en el
horizonte,
y tú, Valparaíso, diriges la gran orquesta
catastrófica y el hombre gigante de América,
con la batuta de los vientos
tremendos que azotan las costas, desde la URSS
a la Gran China Popular, acarreando lo
milenario desesperado en sus banderas de luto,
o el aullido del león amarillo de los
cataclismos.

Tranco a tranco, he tronchado, ensangrentado
tus contra-corrientes urbanas, suburbanas,
extraurbanas, cargando los libros heridos por el
infinito material, o he tomado el trago de llanto
con pólvora, de pólvora con llanto despavorido
de los poetas muertos en la inmortalidad,
hechos con fuego o látigos,
y mares antiguos, hechos con fierro de
herrumbre sepulcral, en desintegración, por
otras nuevas formas.

Tus falansterios y tus cementerios, al dar la
línea soberbia del poema arquitectónico,
suman la macabra unidad vino-muerte,

mujeres-muerte, juego-muerte
y las tumbas porteñas no están clavadas, están
ancladas, acumuladas en lo marino, submarino,
ultramarino, que azota el corazón del mundo,
estremeciéndolo por adentro del adentro del
adentro, en donde deviene espanto, y naufraga
la memoria de todas las cosas
en el mar de la eternidad y sus solas horrendas
olas, porque todo el puerto es mar y todo el
puerto navega, como un barco colosal, todo el
puerto es mar y capitán de navio,
y tus casas son lanchas o faluchos encaramados
a tus cielos fluviales.
cosmográficos, lacustres, o mojados con llantos
del infinito y lágrimas de náufragos, que anidan
su paloma de luto en las arboladuras cósmicas,
mordidos, carcomidos, orinecidos
de aguas salobres, con el tiburón de los
atardeceres, nadando en los atardeceres, y
elementos
de cochayuyo agarrándose a la inmensa ostra
abierta del sol poniente, que parece, además, un
antiguo y herido acordeón desorbitado, o un
zapato de corsario colosal, ardiendo en la
astronomía;
a las caletas mariscadoras desciende el
parroquiano del pobrerío montañés, el
proletario y el campesino de los suburbios
de la serranía, en la cual gravita un cinturón
forestal de maceteros y tarrosviejos, con
violetas y nomeolvides que poseen la poesía

atronadora de la humanidad robada, pateada, acuchillada,
del hijo del pueblo y del cerro, o la agarran tan siquiera
a la fritanga de la gente modesta, la cholguita
de la pobreza o de la miseria que no alcanza a morirse de hambre y araña la aventura en la encrucijada romántica de la ancha y antigua Plaza Sotomayor, por ejemplo,
para el caldillo de los desamparados malditos del régimen de los asesinatos mundiales o universales,
e ir viviendo como adentro del mar, del mar comiendo o no comiendo la triste comida del hambre, que recuerda los altos, terribles, los anchos naufragios, y, sin embargo, arranca
un trueno nacional de las profundidades;
pescaderías y carnicerías, para la glotonería intercontinental, abren el paisaje lleno de huevos de oro de la abundancia, "de la aristocracia", de la redundancia alimenticia,
y las rotiserías hediondas a cecina falsificada, a cecina "americana", a cecina enajenada de "perro caliente"
de la burguesía interferida del siútico, pero los inmensos cerros, que son tu expresión y tu lenguaje, están resplandeciendo de cantos de gallos, soldados y aventureros, los inmensos cerros,
y la sombra épica de Chile, te ciñe en tu proletariado, a manera de aquellas encrucijadas

del Cerro Barón, con ascensor de túneles arriba,
por "Los Lecheros", derrumbándose,
agarrándose, superándose,
y a las que van a encontrar posada o mortaja las
piaras, o alojamiento
los cargueros sanroqueños, los vineros, o el
contrabandista fulero, que arrea la botella como
esa yegua negra
del subterráneo, en los bolsillos asesinos del
infinito.

Grandes, girantes catres de esplendor
finisecular, audaces en navegaciones, anclaron,
desde tus mansiones a tus pensiones, al
"piguchén" coprolálico o a las polvosas, a las
solas, a las lluviosas tardes de róñate, huyendo
del subsuelo amoral de la ilegalidad burguesa,
y alguna bañadera augusta, en la cual
relampagueó desnuda la señora gobernadora,
presenta un manotón de violetas descolgándose
mirador-abajo.

Yo, desentrañando de los órficos, los
pitagóricos o Heráclito "el principio de la
interpretación de los opuestos",
o en los poetas-profetas de la Biblia, la antigua
conmoción popular, la antigua desesperación
popular, la antigua rebelión popular, el
lenguaje

del "Arte del Hambre", y en las masas obreras
de hoy, mi estilo,
allá por el "veinte y siete", cargando a la espalda
el madero de los crucificados, y acariciando con
la boca tremenda del amor a una familia de
relámpagos
y a la vez de dulces frutales verdes, como
manzanas o naranjas del futuro,
cuando mi barco de tiniebla y sol, fondeó en tu
bahía, querido y grande amigo Valparaíso,
querido y grande amigo, en la buena y en la
mala fortuna,
del marino sin navio y con revólver en las
navegaciones, ya estaba contigo;
viví entonces allí, Valparaíso, aquí, en tus
encrucijadas con canarios, entre tus muelles y
tus caletas, adentro del cerezo conyugal, criado,
alimentado por nosotros
en tu gran caída impertérrita,
viviendo, es decir, haciendo el oficio de la
literatura, cavando por debajo del subterráneo
nacional, blandiendo con los marinos de guerra
la guerra de los navios, alerta y cuadrada
y abierta la conciencia a lo contemporáneo, que
hace lenguajes, e inventa con hechos nuevos,
versos nuevos, tiempos nuevos,
hundida la raíz del individuo, en la raíz del
universo, hacia las entrañas de la humanidad,
sacando con mano temeraria y corajuda,
el orden de lo humano-cosmos
desde el desorden de lo arcano-caos, el orden

de lo humano-cosmos, que es lo bello eterno,
homogéneo o lo bueno-sublime.

El país gutural, catastrófico, con peñascos
descomunales y océanos de eslabón acérrimo,
se retrata en tus arquitecturas,
que son el vocabulario y el idioma de lo trágico-
dramático, hiriéndose,
contradiciéndose, huyéndose, o mordiéndose la
espantosa sinfonía arbitraria, que comienza mar
afuera y aprieta el mar del mar contra el
abismo
y sus asignaturas.

34

Las arcaicas filarmónicas usadas, que tienen
siete dientes en las encías,
como los zapatos del anónimo, retornan tus
residenciales al mil novecientos tres del
"Desembarco", al mil novecientos seis del
"Terremoto", al mil novecientos diez del
"Centenario", y las eximias filarmónicas, las
heridas filarmónicas, recién paridas,
a las cacerías de zorzales de Charravata, a los
pigüelos y los causeos del viejo don Saverio
Dimare, de Quillota,
a las parrandas endieciochadas con la última
prieta en la patagua enamorada de los
postreros días lluviosos, y abandonada en el
misterio rural del "Bodegón y de las Perdices

escabechadas",
a aquella antiquísima y cordialísima "Madame Lapaquette" del "Hotel Lebell", ella tan caída y enmohecida como dos sepulcros, cuando naufragó en Lautaro,
en ese entonces tan maravilloso y nacional, tan amanecido y litoral, que hasta nosotros nos tirábamos lágrimas a la cara cuajada de rocío, esperando o premeditando en la soledad del "Arte Grande",
no dispararnos el botellazo y el escopetazo espectacular de "La Ultima Cena".

Todos los vicios de todos los puertos relampaguean en tus ámbitos, y el hampón, el matón, el ladrón y los rufianes, se "sumergen" entre los obreros portuarios, calificados, por heroicos, como personajes de epopeya o payadores de odisea, o el subdescendiente, a la deriva, de los González, los Alvarado, los Rosales, los Recalde, los Díaz, los Morales, los Frías, los Farias, los Azúa, los Covarrubias, los Acuña, los Pérez y los Gómez, los Verdugo, los Loyola, los Araoz, los García, los Peredo, los Fariña, los Palavecino, los Quevedo, los Lefebre, los Fournier, los Fontaine, los Caroca, los Pinochet, los Cubillos, los Mardones, los Morillo o, los Cruz, comercial-marinos, que devienen pueblo del pueblo del pueblo o explotadores y negociadores del pueblo, y se contradicen, se

interfieren, se reproducen, u oportunistas con
éxito, "metecos", "snobs", mugrientos,
europeizados, aviesos o "coléricos", engendros
de perro-caliente "a la norteamericana", o
siúticos venidos a menos, caídos a la cloaca ex-
social, en tu gran Bahía nacional, poblada de
naufragios y de asaltos,
y la comercialización general del capital
imperialista-monopolista-latifundista,
internacionalizado por la Exportación
conquistadora de la Moneda-Dura,
toca la campana negra de los negocios
escandalosos, equívocos o simoníacos, que dan
las premisas de la Revolución de los
trabajadores contra la explotación de los
trabajadores y la miseria aterradora de los
trabajadores,
y el Estado-aventurero y los azotadores y los
negociadores y los expoliadores de mujeres o
de países,
se van a revolcar dichosos y prostibularios en
los hoteles cosmopolitas de tu cinturón de
resplandor universal, tentacular, descomunal
de urbe enorme, y el hombre pobre y el pobre
hombre araña en tus murallas su fotografía de
Valparaíso ...

Como el sentido, el estilo, el destino de lo
heroico, si no se han perdido, se han hundido
en la santa entraña popular de la nacionalidad,
y Chile, errado, pateado, agusanado, bramando

por debajo del alcantarillado general del
mundo,
sucumbe y no sucumbe en la aventura
dionisíaca de la existencia, como remo roto o
esqueleto sin compañero, rugiendo,
nosotros ¡ oh! amado Valparaíso, te miramos
como a una tragedia de Esquilo, como a la
Capital del Mar de los naufragios huracanados,
como a un dios frente a frente a su religión
frustrada, solo como toro,
y, sin embargo, coronándose de catástrofes, o
pámpanos de metrópolis cosmópolis, a
ultramar,
entre los grandes puertos del globo, arterias de
la Mar-Océano, puertos del siglo de la era
cósmica, o barcos sagrados, tremendamente y
terriblemente acuchillados de tripulaciones, en
subversión libertadora,
tallados por astrólogos-cosmólogos-sismólogos,
desde las épocas esplendorosas del
materialismo del vitivinicultor del Egco, Tales
de Mileto,
hasta la estampa continental del Fidel Castro
universal de Cuba, en la cual ya expresa
Latinoamérica, aquella combatividad
indohispana de vértice en el que se cruzaron,
con espanto, las espadas de España y las hachas
indianas, engendrándonos entre la muerte;
como a un acordeón, como a un bandoneón de
las marinerías, los lobos furiosos
escuchan rugir el huracán y escuchan sol en tus

arboladuras de hormigón armado o Población
Callampa, escuchan los vientos alicios,
y las antiguas comunas aldeanas, o las antiguas
comunas tributarias de la Beocia, la Siria arcaica
y la Mesopotamia,
emergen de tus peripecias-epopeyas como los
ataúdes oceanológicos de la Atlántida,
enarbolando los andrajos patibularios del Gran
Diluvio Universal de la mentira genial de las
cosmogonías, o crujimientos de espinazos de
continentes sumergidos,
con el pueblo y la explotación del pueblo en las
entrañas, y en "El Tesoro de la Piratería" es la
bandera de la leyenda de pólvora y trabuco,
cañones, cuchillos o arcabuzazos o
ahorcamientos,
o asaltos con violación, incendios y degüellos,
—toda la historia del hombre que aúlla en tus
mástiles enloquecidos, estandartes de países
colosales, ya desaparecidos;
o como Damasco o Sidón o Alepo o Tiro, el de
las velas púrpuras de Cartago y los
cartagineses,
o Nínive o las cosmópolis-bahías-metrópolis
mediterráneas, fondeaderos del arreo del
camello de gran joroba desesperada, como una
gran trompeta, y el peaje tórrido, o, los
temerarios, épicos contrabandos "oceánicos",
establecidos como ejemplo roto y funeral de
antiguos campos con barcos imaginarios,
adentro del desierto, ciudades-naves, ciudades-

naciones, ciudades-llaves y aduanas
internacionales, en las que naufragó la
civilización muriente, equivalente a las
economías náufragas, que alimentaban las
superestructuras náufragas,
vienes tú desde el origen de las edades,
Valparaíso, por entroncamiento genital con la
base humana, fundamentado en la proeza
originaria que emergió rugiendo y saliendo del
océano, como salieron los muertos de todos los
pueblos de todos los tiempos a proclamar la
Revolución de la Gran China Popular,
tal como tú, sacando el pecho de fierro y aguas
terribles,
o la cabellera de cochayuyos silvestres, que
parecen o sauzales ondulatorios o musgos-
sepulcros llorando por debajo,
o chocando o relampagueando o luchando
contra tu alma,
que posee los cinco sentidos de la escala
zoológica, llamada ser humano.

Te poblaron los vikingos de Roberto Guiscardo,
el invasor-conquistador de la Sicilia, la Magna
Grecia en el invierno del otoño de su gran
caída, o de la Italia unificada de Garibaldi, o el
germano de mandíbula de carnívoro, comedor
de "delicatessen" y bebedor de cerveza, o el
guipuzcoano de Loyola, o el catalán greco-
latino, o el hispano-castellano o vasco arcaico,

o español de Iberia, o godo musgoso como los túmulos rotos del espíritu, con la polvareda del Cid agarrada a los piojos cristianos o trascendentales de Cervantes o a la sotana inquisitorial de Lope-Félix,
o el escocés-inglés-irlandés de Elizabeth, que lo amaba tanto a Walter Raleigh, que lo ahorcó, pues tanto lo amaba, y de cuya enorme soga escapó el Marlowe suicidándose, o Ben Johnson, borracho con el alcohol eclesiástico, a la orilla de William de Stratford-on-Avon, creador del Imperio del Teatro, o el árabe camellero u hortelano del Líbano, padre de Herodes, el Grande, que acaricia la aceituna, el dátil o el higo o come cordero y bebe su vaso de leche de yegua, tan ácida como su vino de pastor de naciones y de dolores, o el francés, gabacho, con espanto acumulado en Rabelais y la gran angustia de las civilizaciones perdidas en el estilo de las formas logradas, en las que naufragan todos los tontos, que creen en "el orden por el orden", en "la belleza por la belleza", en "el arte por el arte", y el judío magistral, profetizador, natural de todos los pueblos, de todos los tiempos y circuncisiones, con asiento en el Jerusalén del Eclesiastés e Isaías, Exequiel, Jeremías, forrados con pellejos de carnero y miel, y todos te amaron, y todos te idolatraron, y todos, ¡ oh! Puerto-Mayor del Viento-Mayor vivieron y sufrieron y murieron en tu "Oceanía de Valparaíso", atragantándose

de mujeres compradas y malpagadas con la
moneda falsificada y vil de los rufianes o el juez
prevaricador y sus cómplices.

"Ananké", el capataz de esclavos, que azota a
Sísifo en los infiernos de la imaginación órfica
de George Thompson, tremendamente golpeó
el aldabón del portalón de tus inmediaciones,
pero la gran libertad portuario-marítima
bautizó tu actitud frente a
frente a la naturaleza, y tu galope de potro
salvaje, da categoría de ciudad-mar a tus
costumbres
tan chilenas y "amarditadas" como la montura
del huaso o la ojota y el cinturón de lágrimas de
yodo y sal del roto, que es como los escudos
despedazados;
descansa en ti el minero, y el pescador batalla
contra las olas de sangre quemante de su faena,
descansa el obrero del salitre, que retorna al sur
forestal, ardiendo y mordiendo sol furioso, sol
amargo, sol maldito, y el campesinado,
terriblemente agropecuario de la égloga negra
de Chile, los viejos amigos esos se entregan a
todos los oficios o al lujo de luto y muy justo de
emborracharse con "litriado" miserable de tres
tiritones,
y hay cierta manera de ir a bordo, viajando en
barcos de antaño, entre tus seres
problemáticos;

un aroma a algas marinas y a gloria nacional,
corona las vías públicas, corona al viajero más
avieso de comercio y especulación menores,
corona al artista genial, cargado con estupor
macabro, como un navio negro, corona
aún al corredor de bolsa, o hijastro
desintegrado de los Basidas, eternizados por
Píndaro,
"familia de capitanes o de comerciantes de mar"
o tiburón económico, corona a los suicidas y a
los desesperados anónimos de anónimos,
amontonados en pingajos sin revólver, corona a
la "Plazuela de la Iglesia Matriz", olorosísima a
fritanguerías y a borracherías y a putañerías
que tienen mástiles y arboladuras, corona tu
juventud cuatricentenaria o cuatrimilenaria,
en la cual pudiera haber nacido y vivido
Caroxos, de Lesbos, el hermano de Safo,
el cual cargaba vino para el Naucratis, e invitas
a Latinoamérica al rol conductor de las
cosmópolis-líderes del mar ...

El Gran Imperio del Dólar que es el gran
saqueo por el salteo y por sojuzgamiento de las
colonias económicas, porque "el hombre es el
dinero", para "la Bestia Humana" que "El
Capital" dibuja en valores y categorías,
desde el malvado que encadenaba a los
esclavos laceándolos a patadas, a la plusvalía
por la compra-venta del trabajo del asalariado,

penetra tus riberas, Valparaíso, y tú conjugas la
infinita poesía amarilla de las calaveras-águilas
de Yanquilandia, con la tristeza de la moneda
republicana y enajenada, y yergues tu cabeza
azul, entre el gran temporal ladrado y bramado
por perros tremendos, y los departamentos de
aduana,
por la defensa de la riqueza ensangrentada del
colono,
que da la contradicción dialéctica, en la
contradicción dramática de su temperamento,
cuya gran unidad pura es ese alegre ser
silvestre,
pánico y dionisíaco, como los lagares y como
los panales, en el que el ente viviente se
comprende como especie.

Tal como y cuando todo lo mítico agarra al
Pitecántropo de la gran Biblia judía, y le
desgarra el costillar durmiendo, de donde
emerge el primer amor del primer dolor,
te sacaron a "Viña del Mar" de la pepa del alma,
Valparaíso,
con su egregia vocación de concepción de la
belleza más soberbia y exorbitante de blindaje
aldeano-departamental-provinciano, forestal y
mediterráneo,
encubiertas las apariencias transeúntes, pero
miserables de la "Ruleta" y el "Casino"
internacional que ladra, creando
o multimillonarios o revolucionarios por

frustración capitalista o suicidas arcaicos,
subhumanos, alucinados del gran basural
hermafrodita, ejemplos,
o huachacalleros de la retórica-poética de la
cantina;
y es menester cantar la "Ciudad-Jardín", como
la apodan los ingenuos, enmascarados y
feroces, o el mariconismo,
a la hermosa, maravillosa niña-flor, fruta-flor,
alma-flor con azúcar
en el corazón, y la gran industria hoy en
enajenación al Imperialismo, la gran industria
engendradora de proletariado, entre la
inocencia y la impudencia del paisaje, como
rural, como social, como total,
contradiciéndose,
pero con aquello del villorrio dulce y grave, y
del infierno,
que no es urbano, que no es metropolitano, que
no es urbano y es urbano e indescriptible,
como los malditos ángeles caídos, que son
demonios arcangélicos;
sin embargo, lo democrático y popular, lo
típico-ecuménico, lo dolorosamente humano
del género humano,
gravita entre tus grúas y tus cerros de cerros de
cerros,
y va debilitándose y embelleciéndose por "El
Recreo" a "Agua-Santa", por bajando,
debilitándose y embelleciéndose y
aburguesándose y resblandeciéndose,

a la manera de las epopeyas sociales que se
convierten en romances, y son hermosísimas
canciones-pájaros y églogas
que fueron águilas, belleza-tragedia, belleza-
tormenta, belleza-miseria y resplandor,
Valparaíso, tú, Valparaíso, con el terrible don
huracanado de lo indescriptible, con el terrible
sol tronchado,
despedazado, rajado en abismos de lo sublime,
en la mochila, como un gran poeta.

"Urbi et orbi", te doy mi bendición atea, de
marxista-leninista consciente e irreductible,
épico, ¡ oh! anciano como yo, Valparaíso,
anciano y parado en las hilachas, pero los
pueblos crecen de viejos, cuando los hombres
mueren de viejos, mueren de viejos los hombres
y los dolores de los hombres y las pasiones de
los hombres y los terrores de los hombres, y
cuando los humanos, agonizando,
nos estrellamos a cabezazos, como borrachos,
contra la materia, las
cenizas del antiguo poblador marchito, y las
heridas acumuladas, la agigantan a la acerada
condición metropolitana, y tú, Valparaíso,
hinchado de cadáveres monumentales,
irguiendo tu cabeza sin fronteras y sin
ausencias, Valparaíso, te levantas
por encima de los siglos de los siglos de los
siglos,

solo, resplandeciente, roto, destruyéndote y
construyéndote en el filo
de los abismos y los peligros de los abismos, a
la orilla del mar del cual vinieron los
tatarabuelos de la humanidad ...

Esta edición de “Oceanía de Valparaíso” se terminó
de imprimir en el mes de julio de 2017
en el taller del Negro Lucifer
Pudahuel Sur .

El material fue extraído y puede revisarse también desde el libro “Mis grandes poemas” a partir de la página 236. Disponible para descarga en: www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/mc0010439.pdf